

—Tiene su póliza de seguro, la ha renovado. Vaya, ya es tiempo de que haga á Marneffe jefe de negociado, voy á asesinarle esta noche.

—Primo mío—fué á decir Isabel á Wenceslao,—retírese, se lo ruego. Está usted ridículo, mira usted á Valeria de un modo comprometedor para ella, y su marido es horriblemente celoso. No imite usted á su suegro y váyase á su casa; estoy segura de que Hortensia le espera.

—La señora Marneffe me ha dicho que me quedara el último para arreglar entre nosotros tres nuestro negocio—respondió Wenceslao.

—No—dijo Isabel,—voy á devolverle los diez mil francos, pues su marido tiene los ojos fijos en usted y sería imprudencia que se quedase. Mañana á las nueve traiga la letra de cambio; á esa hora ese chino de Marneffe está en su oficina, Valeria está tranquila... ¿Le ha pedido usted que le sirviese de modelo para un grupo?... Antes entre usted en mi casa. ¡Ah! ya sabía yo que era usted un libertino en germen—dijo Isabel sorprendiendo la mirada con que saludó Steimbock á Valeria.—Valeria es muy hermosa, pero procure no disgustar á Hortensia.

Nada irrita á los casados como el encontrar en todo tiempo á su mujer entre ellos y un deseo, aunque éste sea pasajero.

CAPÍTULO XXIII

La primera disputa de la vida conyugal

Wenceslao volvió á su casa á eso de la una de la madrugada, Hortensia le esperaba desde las nueve y media. Desde las nueve y media hasta las diez, escuchó el ruido de los coches, diciéndose que jamás Wenceslao, cuando comía sin ella en casa de Chanor y Florent, había entrado tan tarde en casa. Cosía al lado de la cuna de su hijo, pues empezaba á ahorrar el jornal de una obrera, haciendo ella misma ciertas composturas. De las diez á las diez y media, tuvo un pensamiento de desconfianza; y se preguntó:

—¿Habrá ido á comer, como me ha dicho, á casa de Chanor y Florent? Ha querido, para vestirse, su corbata más her-

mosa y su más hermoso alfiler. Ha empleado para vestirse tanto tiempo como una mujer que quiere aparecer más hermosa de lo que es. ¡Estoy loca! me ama. Ya está aquí.

En vez de detenerse, el coche que oyó la mujer, pasó. De las once á las doce, Hortensia se entregó á terrores inauditos, causados por la soledad de su barrio.

—Si ha vuelto á pie, puede haberle ocurrido alguna desgracia. Se mata uno tropezando contra el bordillo de una acera ó no esperando encontrar lagunas. ¡Son tan distraídos los artistas!... ¡Si le habrán atracado!... Esta es la primera vez que me deja sola durante seis horas y media. ¿Por qué he de atormentarme? Sólo me ama á mí.

Los hombres deberían ser fieles á las mujeres que les aman, aunque no fuese más que á causa de los milagros perpetuos producidos por el verdadero amor en el mundo sublime llamado *mundo espiritual*. Una mujer amante está, respecto al hombre amado, en la situación de una sonámbula á quien el magnetizador diese el triste poder, cesando de ser el espejo del mundo, de tener conciencia, como mujer, de lo que ve como sonámbula. La pasión hace llegar las fuerzas nerviosas de la mujer á un estado extático en que el presentimiento equivale á la visión de los videntes. Una mujer sabe que es traicionada, no escucha á nadie, duda, ¡tanto ama! y desmiente el grito de su poder de pitonisa. Este paroxismo del amor debería tener un culto. En los espíritus nobles, la admiración de este divino fenómeno, será una barrera que las separará siempre de la infidelidad. ¿Cómo no adorar á una hermosa, á una espiritual criatura cuya alma llegue á semejante manifestación?... A la una de la madrugada, Hortensia había llegado á tal grado de angustia, que se precipitó hacia la puerta al conocer á Wenceslao en su manera de llamar, y lo cogió entre sus brazos, estrechándole maternalmente.

—¡Al fin, ya estás aquí!...—dijo ella recobrando el uso de la palabra.—Amigo mío, de aquí en adelante iré contigo á donde tú vayas, pues no quiero experimentar por segunda vez la tortura de semejante espera... ¡Te he visto tropezar contra un bordillo y con la cabeza abierta! ¡muerto por ladrones! No, si me sucediera esto otra vez me volvería loca. ¿Te has divertido, pues, mucho... sin mí? ¡vil!

—¿Qué quieres, angelito mío? Estaba Bixiou, que nos ha hecho nuevos cargos; León de Lora, cuyo espíritu no se

ha agotado, Claudio Vignon, á quien debo el único artículo consolador que han escrito acerca del monumento del mariscal Montcornet. Había...

—¿No había mujeres?—preguntó vivamente Hortensia.

—La respetable señora Florent...

—Tú me habías dicho que era en el Rocher de Cancale, ¿era, pues, en su casa?

—Sí, en su casa, me he equivocado.

—¿No has venido en coche?

—No.

—¿Y vienes á pie desde la calle de Tournelles?

—Stidman y Bixiou me han acompañado por los bulevares hasta la Magdalena, al mismo tiempo que charlábamos.

—¿Pues están bien secos los bulevares, la plaza de la Concordia y la calle de Borgoña! ¡No te has ensuciado!—dijo Hortensia examinando las botas lustrosas de su marido.

Había llovido; pero de la calle Vanneau á la de San Dominico, Wenceslao no había podido ensuciar las botas.

—Toma, aquí tienes cinco mil francos que Chanor me ha prestado generosamente—dijo Wenceslao para cortar aquellas interrogaciones casi judiciales.

Había hecho dos paquetes con sus diez billetes de mil francos, uno para Hortensia y otro para él, pues tenía cinco mil francos de deudas ignoradas de Hortensia. Debía á su desbastador y á sus obreros.

—Ya estás tranquila, querida mía—dijo abrazando á su mujer.—Desde mañana me voy á poner á trabajar. ¡Oh! mañana, mañana saldré á las ocho y media y me iré al taller, de modo que me voy á acostar en seguida para levantarme temprano, ¿me lo permites, monona?

La sospecha que había entrado en el corazón de Hortensia desapareció; se vió á mil leguas de la verdad.

—Helo ya entregado al trabajo—se decía procediendo á vestir al niño.—¡Oh! lo veo, está animado de buenos propósitos. ¡Bah! si no tenemos la gloria de Miguel Angel, tendremos la de Benvenuto Cellini.

Mecida por sus propias esperanzas, Hortensia creía en un porvenir feliz; y hablaba á su hijo, que tenía veinte meses, ese lenguaje onomatopéyico que hace sonreír á los niños, cuando á eso de las once, la cocinera, que no había visto salir á Wenceslao introdujo á Stidman.

—Dispense, señora—dijo el artista.—¿Cómo! ¿ha salido ya Wenceslao?

—Está en su taller.

—Venía á entenderme con él para dar principio á nuestros trabajos.

—Voy á enviarle á buscar—dijo Hortensia haciendo un signo á Stidman para que se sentase.

Hortensia, dando gracias al cielo por aquella casualidad, quiso retener á Stidman á fin de obtener detalles de la velada de la víspera. Stidman se inclinó para darle las gracias á la condesa por aquel favor. La señora Steimbock llamó, la cocinera acudió, y le dió la orden de que fuese á buscar al señor al taller.

—Se habrán divertido ustedes mucho ayer—dijo Hortensia,—pues Wenceslao no volvió hasta la una de la madrugada.

—¿Divertido?... No precisamente—respondió el artista, que había querido conquistar, la víspera, á la señora Marneffe.—Uno no se divierte en el mundo más que cuando se agitan en él intereses. Esa señora Marneffe es excesivamente espiritual, pero es coqueta...

—¿Y cómo la ha encontrado Wenceslao?—preguntó la pobre Hortensia tratando de permanecer tranquila;—no me ha dicho nada.

—Solo le diré una cosa—respondió Stidman—y es que la creo muy peligrosa.

Hortensia palideció como una recién parida.

—De modo que es... en casa de la señora Marneffe... y no... en casa de Chanor, donde comieron ustedes ayer...—dijo ella—con Wenceslao, y él...

Stidman, sin saber qué desgracia ocasionaba, adivinó que causaba una. La condesa no terminó su frase, se desmayó. El artista llamó y acudió la camarera. Cuando Luisa trató de llevar á la condesa de Steimbock á su habitación, un ataque nervioso de la mayor gravedad se declaró en medio de terribles convulsiones. Stidman, como todos los en que una involuntaria indiscreción destruye el catafalco elevado por la mentira de un marido en su interior, no podía creer que su palabra tuviese semejante poder, y pensó que la condesa se hallaba en ese estado enfermizo en que la contrariedad más ligera se convierte en un peligro. La cocinera vino á anunciar, desgraciadamente en voz alta, que el señor no estaba

en su taller. En medio de su crisis, la condesa oyó esta respuesta, y las convulsiones se repitieron.

—¡Vaya usted á buscar á la madre de la señora!...—dijo Luisa á la cocinera—¡corra!

—Si supiese donde se encuentra Wenceslao, iría á advertirle—dijo Stidman desesperado.

—¡Está en casa de esa mujer!—exclamó la pobre Hortensia.—Se ha vestido diferentemente que para ir al taller.

Sidman corrió á casa de la señora Marneffe, reconociendo ese cálculo debido á la *segunda vista* de las pasiones. En este momento Valeria servía de modelo para la Dalila. Demasiado astuto para preguntar por la señora Marneffe, Stidman pasó muy tieso por la portería y entró rápidamente en el segundo piso, haciéndose este razonamiento:

—Si pregunto por la señora Marneffe, no estará en casa. Si pregunto estúpidamente por Steimbock, se reirán en mis narices...

¡Romparamos los cristales!

Al oír el campanillazo, Reina acudió.

—¡Diga usted al señor conde de Steimbock que venga! ¡su señora se muere!

Reina, que era tan lista como Stidman, le miró con aire pasablemente estúpido.

—Pero señor, no sé... lo que usted...

—Le digo que mi amigo Steimbock está aquí, su mujer se muere, y vale la pena que moleste usted á su señora.

Y Stidman se fué diciéndose:

—¡Oh! está.

En efecto, Stidman, que permaneció algunos instantes en la calle Vaneau, vió salir á Wenceslao, y le hizo seña de que se acercase. Después de haber contado la tragedia que se desarrollaba en la calle de San Domingo, Stidman riñó á Steimbock por no haberle advertido que le guardase el secreto acerca de la comida de la víspera.

—¡Estoy perdido!—le dijo Wenceslao—pero te perdono. He olvidado nuestra cita para esta mañana, y he cometido la falta de no decirte que debíamos haber comido en casa de Florent. ¿Qué quieres? esa Valeria me ha vuelto loco; pero, querido mío, vale la gloria, vale la desgracia... ¡ah! es... ¡Dios mío! me veo sin salida. Aconséjame. ¿Qué decir? ¿cómo justificarme?

—¿Aconsejarte? no sé nada—respondió Stidman.—Pero

tu mujer te ama ¿verdad? Pues bien, creará todo lo que le digas. Sobre todo dile que ibas á mi casa, mientras que yo iba á la tuya, y de este modo salvarás el compromiso de esta mañana. Adiós.

Cuando estaba en el ángulo de la calle de Hillerín-Bertin, Isabel, advertida por Reina y que corría tras Steimbock se unió á él, pues lo temía todo de su candidez polaca. No queriendo verse comprometida, dijo algunas palabras á Wenceslao, el cual, en su alegría, la abrazó en medio de la calle. Había tendido, sin duda, al artista una plancha para pasar aquel estrecho de la vida conyugal.

Al ver á su madre, que había llegado á toda prisa, Hortensia derramó torrentes de lágrimas. De modo que la crisis nerviosa cambió felizmente de aspecto.

—¡Traicionada, mi querida mamá!—le dijo.—Después de haberme dado su palabra de honor de no ir á casa de la señora de Marneffe, Wenceslao comió ayer en ella, y no ha vuelto hasta la una y cuarto de la madrugada. ¡Si tú supieses! Antes de ayer habíamos tenido, no una disputa, sino una explicación... ¡Le dije cosas tan conmovedoras! «que estaba celosa, que una infidelidad me mataría; que estaba sombría, que debía respetar mis debilidades, puesto que mi amor hacia él era el que las causaba; que tenía en las venas tanta sangre de mi padre como tuya; y en el primer momento de verme traicionada, sería capaz de hacer locuras, de vengarme, de deshonrarnos á todos: á él, á su hijo y á mí, en fin, que podría matarlo á él y matarme yo después», etc. ¡Y ha ido allá! ¡y está ahora allí! Esa mujer se ha propuesto hacernos desgraciados á todos. Ayer mi hermano y Celestina se han comprometido á retirar setenta y dos mil francos de letras suscritas para esa cualquiera. Sí, mamá, iban á perseguir á mi padre y á encarcelarlo. ¿No tiene bastante esa mujer con mi padre y con tus lágrimas? ¿Por qué me ha de quitar á Wenceslao? ¡Iré á su casa y la coseré á puñaladas!

La señora Hulot, herida en el corazón por la horrible confidencia que en medio de su rabia le hacía Hortensia sin saberlo, ocultó su dolor con uno de esos heroicos esfuerzos de que son capaces las grandes madres, y colocó la cabeza de su hija en su seno para cubrirla de besos.

—Espera á Wenceslao, hija mía, y todo se aclarará. El mal no debe ser tan grande como tú crees. ¡Yo también he sido traicionada, mi querida Hortensia! Tú me encuentras

hermosa, soy virtuosa, y sin embargo hace veintitrés años que me veo abandonada por las Jeny Cadine, por las Josefás, por las Marneffe... ¿lo sabías esto?

—¡Tú, mamá, tú!... ¿tú sufres como sufro yo ahora, desde hace veinte años?...

Y se detuvo ante sus propias ideas.

—Imítame, hija mía—repuso la madre.—Sé dulce y buena y tendrás la conciencia tranquila. Y en el lecho de muerte, un hombre se dice: «¡Mi mujer no me ha causado jamás la menor pena!» Y Dios que oye estos últimos suspiros, nos los tiene en cuenta. Si yo me hubiese entregado á furores como tú, ¿qué hubiese sucedido? A tu padre se le hubiese agriado el carácter, tal vez me hubiese abandonado, y no se habría visto retenido por el temor de afligirme. Nuestra ruina, que se ha consumado hoy, lo hubiese sido diez años antes, y hubiésemos ofrecido el espectáculo de un marido y una mujer viviendo cada uno por su lado, escándalo horrible y desolador, porque es la muerte de la familia. Ni tu hermano ni tú, hubieseis podido estableceros... Yo me he sacrificado, y tan valerosamente que, sin esta última pasión de tu padre, el mundo me creería aún feliz. Mi oficiosa y muy valerosa mentira, ha protegido hasta ahora á Héctor y es aún muy considerado; únicamente que su pasión de anciano lo lleva demasiado lejos, lo veo. Su locura, lo temo, romperá el cancel que yo había colocado entre el mundo y nosotros... Pero he mantenido durante veintitrés años esa cortina, detrás de la cual yo lloraba, sin madre y sin confidente, sin otro socorro que el de la religión, y he cuidado durante veintitrés años por el honor de la familia.

Hortensia escuchaba á su madre con los ojos fijos. La voz tranquila y la resignación de aquel supremo dolor, calmó la irritación de la primera herida hecha al corazón de la recién casada; las lágrimas acudieron á sus ojos y las derramó á torrentes. En un acceso de piedad filial, aplastada por la sublimidad de su madre, se arrodilló ante ella, le cogió las faldas y las besó, como los católicos piadosos besan las santas reliquias de un mártir.

—Levántate, Hortensia mía,—dijo la baronesa.—¡Semejante testimonio de mi hija borra muchos malos recuerdos! Ven á mi corazón, que sólo está oprimido por tu pena. La desesperación de mi pobre hija, cuya alegría era mi única alegría, ha roto el sello sepulcral que nada debía quitar de

mis labios. Sí, quería llevar mis dolores á la tumba, como un sudario más. Para calmar tu dolor he hablado... ¡Dios me perdonará! ¡Oh! Si mi vida tuviese que ser tu vida, ¡qué no haría yo!... Los hombres, el mundo, la casualidad, la naturaleza, hasta creo que Dios, nos venden el amor al precio de las torturas más crueles. Pagaría veinticuatro años de desesperación, de penas incesantes, de amarguras, diez años felices...

—Tú has tenido diez años, mi querida mamá, y yo tres solamente—dijo la egoísta enamorada.

—Nada se ha perdido, hija mía, espera á Wenceslao.

—Mamá—dijo ella.—¡Ha mentido! ¡me ha engañado!... ¡me ha dicho: «No iré», y ha ido! Y esto ante la cuna de su hijo.

—Por su placer, ángel mío, los hombres cometen las mayores cobardías, infamias, crímenes, y, según parece, está ahí su naturaleza.

Nosotras las mujeres, estamos consagradas al sacrificio. Creía que mis desgracias se habían acabado, y ahora empiezan, pues no esperaba sufrir doblemente sufriendo mi hija. ¡Valor y silencio! Hortensia mía, júrame no contar á nadie más que á mí tus penas, no dejar ver nada delante de terceros... ¡Oh! sé tan orgullosa como tu madre.

En este momento, Hortensia se estremeció: oyó el paso de su marido.

—Según parece—dijo Wenceslao,—Stidman ha venido mientras yo le he ido á buscar á su casa.

—¿De veras?—exclamó la pobre Hortensia con la salvaje ironía de una mujer ofendida que se sirve de la palabra como de un puñal.

—Sí, acabamos de encontrarnos—respondió Wenceslao fingiendo sorpresa.

—Pero ¿y ayer?...—repuso Hortensia.

—Bien; te he engañado, amor mío, y tu madre va á juzgarnos.

Esta franqueza desahogó el corazón de Hortensia. Todas las mujeres verdaderamente nobles, prefieren la verdad á la mentira. No quieren ver á su ídolo degradado, quieren estar orgullosas de la dominación que aceptan. Este sentimiento existe en los rusos á propósito de su czar.

—Escuche usted, madre mía—dijo Wenceslao.—Amo tanto á mi buena y dulce Hortensia, que le he ocultado la

extensión de nuestra estrechez. ¡Qué quiere usted!... amantaba aún, y las penas le hubiesen causado mucho daño. Ya sabe usted lo que pelagra una mujer en ese estado. Su hermosura, su frescura y su salud están en peligro. ¿He obrado mal? Ella cree que sólo debemos cinco mil francos, pero debo otros cinco mil... Antes de ayer estábamos desesperados. Nadie quiere prestar á los artistas. Desconfían de nuestro talento, tanto como de nuestras extravagancias. He llamado en vano á todas las puertas. Isabel nos ha ofrecido sus economías.

—¡Pobre muchacha!—dijo Hortensia.

—¡Pobre muchacha!—dijo la baronesa.

—Pero ¿qué son los diez mil francos de Isabel?... Todo para ella, nada para nosotros. Entonces la prima nos ha hablado, ya sabes Hortensia, de la señora Marneffe, la cual por amor propio, debiéndoselo todo al barón, los dejaría sin el menor interés... Hortensia ha querido llevar sus diamantes al Monte de piedad. Tendríamos algunos millares de francos, y necesitábamos diez mil. Estos diez mil francos se encontraban allí, sin interés, por un año... Y me he dicho: «Hortensia no sabrá nada, vayamos á por ellos.» Esta mujer me invitó por conducto de mi suegro á comer ayer en su casa, dándome á entender, al mismo tiempo que Isabel había hablado y que tendría el dinero. Entre la desesperación de Hortensia y esa comida, no he dudado. Esto es todo. ¿Cómo Hortensia, á los veinticuatro años, fresca, pura y virtuosa, ella que es mi dicha y mi gloria, de quien no me he separado un momento desde nuestro casamiento, puede imaginar que prefiera, ¡á quién!... á una mujer curtida, ajada y *pasada*?—dijo empleando una atroz expresión de la jerga de los talleres para hacer creer en su desprecio con una de esas exageraciones que agradan á las mujeres.

—¡Ah! ¡Si tu padre me hubiese hablado así!—exclamó la baronesa.

Hortensia se arrojó graciosamente al cuello de su marido.

—Sí, eso es lo que yo hubiese hecho—dijo Adelina.—Wenceslao, amigo mío, su mujer ha estado á punto de morir—añadió gravemente.—Ya ve usted cuánto le ama. Es de usted, ¡ay de mí! (y suspiró profundamente). Puede hacer de ella una mártir ó una mujer feliz—se dijo á sí misma pensando lo que piensan todas las madres desde el momento que

se casan sus hijas.—Me parece que sufro bastante para ver á mis hijos felices—añadió en voz alta.

—Tranquílcese, querida mamá—dijo Wenceslao en el colmo de la dicha al ver que había terminado tan felizmente aquella crisis.—En dos meses habré devuelto el dinero á esa horrible mujer. ¿Qué quiere usted?—añadió repitiendo una palabra esencialmente polaca con la gracia polaca—hay momentos en que uno pediría prestado al diablo. Después de todo, es dinero de la familia. Y una vez invitado, ¿hubiese tenido ese dinero que nos cuesta tan caro, si hubiese contestado con una grosería á una cortesía?

—¡Oh mamá! ¡cuánto daño nos causa papá!—exclamó Hortensia.

La baronesa se llevó un dedo á los labios, y Hortensia se arrepintió de aquella queja, la primera que dejaba escapar acerca de un padre tan heroicamente protegido por un sublime silencio.

—Adios, hijos míos—dijo la señora Hulot,—ya ha vuelto el buen tiempo; pero no os enfadéis más.

Cuando después de haber despedido á la baronesa, Wenceslao y su mujer estuvieron solos en su habitación, Hortensia dijo á su marido:

—Cuéntame lo de anoche.

Y espío el rostro de Wenceslao durante aquel relato, entrecortado por esas preguntas que se escapan de los labios de una mujer en semejante caso. Este relato puso pensativa á Hortensia, la cual entreveía las diabólicas diversiones que los artistas debían encontrar en aquella viciosa sociedad.

—Sé franco, mi Wenceslao... Estaban allí Stidman, Claudio Vignon, Berniset, ¿quién más? En fin, ¿te divertiste?

—¡Yo!... No pensaba más que en nuestros diez mil francos, y me decía: «Mi Hortensia no tendrá inquietudes».

Este interrogatorio cansábale enormemente al liboniano, y se aprovechó de un momento de alegría para decir á Hortensia:

—Y tú, ángel mío, ¿qué hubieses hecho si tu artista hubiese sido culpable?

—Yo—dijo ella con un airecillo decidido.—Hubiese tomado á Stidman, pero sin amarle, se comprende.

—¡Hortensia!—exclamó Steimbock levantándose con brusquedad y con un movimiento teatral.—¡No hubieses tenido tiempo! ¿te hubiera matado!

Hortensia se arrojó sobre su marido, lo abrazó fuertemente, le cubrió de cariño y le dijo:

—¡Ah! ¡me amas, Wenceslao! ¡ya no temo nada! Pero basta de Marneffe. No te sumerjas jamás en semejantes pantanos...

—Te juro, mi querida Hortensia, que no volveré más que para retirar mi letra.

Hortensia se enfurruñó, pero como se enfurruñan las mujeres amantes que quieren los beneficios de semejante enfurruñamiento. Wenceslao, cansado de semejante mañana, dejó á su mujer que se enfurruñase y se fué á su taller á hacer el bosquejo del grupo de Sansón y Dalila, cuyo diseño estaba en su bolsillo. Hortensia, inquieta por su enfado, y creyendo enojado á Wenceslao, fué al taller en el momento en que su marido terminaba de amasar la arcilla con una rabia que concede á los artistas más potencia de fantasía. Al ver á su mujer, arrojó vivamente un trapo mojado sobre el grupo esbozado y cogió á Hortensia entre sus brazos diciéndole:

—¡Ah! No estamos enfadados ¿verdad, nena mía?

Hortensia había visto el grupo, el trapo arrojado encima de él, y no había dicho nada; pero antes de abandonar el taller, se volvió, quitó el trapo, miró el busto y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Un grupo cuya idea se me ha ocurrido.

—¿Y por qué me lo has ocultado?

—Quería enseñártelo acabado.

—¡La mujer es muy bonita!—dijo Hortensia.

Y mil sospechas nacieron en su alma, como nacen en las Indias, de la noche á la mañana, esas vegetaciones grandes y frondosas.

CAPITULO XXIV

Los cinco padres de la iglesia Marneffe

Al cabo de unas tres semanas, la señora Marneffe estaba profundamente irritada contra Hortensia. Las mujeres de esta clase tienen su amor propio, quieren que se bese el espolón del diablo y jamás perdonan á la virtud que no teme

su poder ó que lucha con ellas. Ahora bien, Wenceslao no había hecho una sola visita á la calle Vanneau, ni siquiera la que exige la cortesía después de la actitud de una mujer á lo Dalila. Cada vez que Isabel había ido á casa de los Steimbock no había encontrado á nadie en casa, pues los señores vivían en el taller. Isabel, que fué á buscar á los dos tortolillos á su nido del Gros Caillou, vió allí á Wenceslao trabajando con ardor y supo por la cocinera que la señora no dejaba nunca solo al señor. Wenceslao sufría el despotismo del amor. Valeria adoptó, pues, por su cuenta el odio que Isabel tenía á Hortensia. Las mujeres sienten tanto interés por los amantes que les disputan, como los hombres por las mujeres que son deseadas por varios fatuos; así es que las reflexiones hechas con motivo de la señora de Marneffe, pueden aplicarse perfectamente á los hombres afortunados del amor, que son una especie de cortesanas hombres. El capricho de Valeria fué una verdadera rabia: deseaba á toda costa tener su grupo, y un día se proponía ya ir al taller á ver á Wenceslao, cuando ocurrió uno de esos graves acontecimientos que pueden llamarse *frutus belli* para esta clase de mujeres. He aquí cómo dió cuenta Valeria de este hecho, enteramente personal. Almorzaba con Isabel y con el señor Marneffe.

—Dime, Marneffe: ¿sospechas tú que vas á ser padre por segunda vez?

—¿De veras estás embarazada?... ¡Oh! deja que te bese. Y esto diciendo, se levantó, dió la vuelta á la mesa, y su mujer le presentó la frente de modo que el beso no hiciese más que rozarle los cabellos.

—De esta hecha sí que soy jefe de negociado y oficial de la Legión de honor—repuso Marneffe.—¡Ah! hermosa mía, yo no quiero que Estanislao quede arruinado. ¡Pobrecillo!

—Sí, pobrecillo—exclamó Isabel.—Hace siete meses que no le han visto ustedes, y yo paso en el colegio por madre suya porque soy la única de la casa que se ocupa de él.

—Un hijo que nos cuesta cien escudos trimestrales. Por otra parte, ese sí que es hijo tuyo, Marneffe, y deberías pagar su pensión de tu sueldo... El nuevo, lejos de ocasionarte gasto alguno, nos salvará de la miseria.

—Valeria—respondió Marneffe imitando á Crevel en la actitud,—espero que el señor barón Hulot se ocupará de su hijo y no lo dejará á cargo de un pobre empleado. Yo pienso mostrarme muy exigente con él. Así es que procure usted

asegurarse, señora. Procure lograr de él documentos en que hable de su dicha, pues veo que se hace rogar bastante para mi nombramiento.

Y Marneffe se fué á la oficina, donde la preciosa amistad de su director le permitía ir tarde y trabajar poco, aunque esto último lo había logrado siempre, gracias á su notoria incapacidad y á su aversión al trabajo.

Una vez solas Isabel y Valeria, se miraron durante un instante como agoreros y soltaron á la vez una sonora carcajada.

—Pero ¿es verdad eso, Valeria, ó es todo una comedia?—dijo Isabel.

—Es una verdad física—respondió Valeria.—Hortensia me revienta, y esta noche pensaba hacer caer como una bomba la noticia de este hijo en casa de Wenceslao.

Valeria se fué á su cuarto seguida de Isabel, y le enseñó la siguiente carta:

«Wenceslao, amigo mío, aunque no te he visto hace ya más de veinte días, sigo creyendo en tu amor. ¿Me desprecias, acaso? No puedo creerlo. ¿Es tu ausencia un efecto de la tiranía de una mujer á quien has dicho que no podías amar ya? Wenceslao, eres demasiado buen artista para dejarte dominar de ese modo. El hogar es la tumba de la gloria... mira si te pareces en nada al Wenceslao de la calle de Doyene. Has fracasado con el monumento de mi padre, pero el amante fué muy superior al artista y has tenido más suerte con la hija: mi adorado Wenceslao, eres padre. Si no vinieses á verme en el estado en que me encuentro, pasarías por un mal sujeto á los ojos de tus amigos; pero, lo veo, te amo tan locamente, que nunca tendré fuerza para maldecirte. ¿Puedo seguir diciéndome

»TU VALERIA?»

—¿Qué te parece mi proyecto de enviar esta carta al taller en el momento en que nuestra querida Hortensia esté sola?—preguntó Valeria á Isabel.—Ayer por la noche supe por Stidman que Wenceslao tiene que ir á las once á casa de Chanor, de modo que esa fregona de Hortensia estará sola.

—Sí, pero después de ese golpe—respondió Isabel—yo no podré ser ya ostensiblemente amiga tuya, y será preciso que me despida de ti y que finja no verte ni hablarte.

—Es claro—dijo Valeria,—pero...

—¡Oh! no tengas cuidado—respondió Isabel,—nos volveremos á ver cuando yo sea la señora mariscalá. Ahora todos lo desean, y el barón es el único que ignora este proyecto; pero tú le decidirás.

—Sí, pero es muy posible que yo esté muy pronto reñida con el barón—respondió Valeria.

—La señora Olivier es la única que puede fingir que Hortensia le sorprende la carta—dijo Isabel.—Antes de ir al taller, hay que enviarla primero á la calle de San Domingo.

—¡Oh! nuestra gatita estará en casa—respondió la señora Marneffe, llamando á Reina para que fuese á ver á la señora Olivier.

Diez minutos después del suceso de aquella fatal carta, el barón Hulot se presentó, y la señora Marneffe se arrojó como una gata al cuello del anciano para decirle al oído:

—Héctor, eres padre; he aquí lo que resulta de reñir y reconciliarse.

Al ver cierto asombro que el barón no pudo disimular bastante pronto, Valeria afectó un aire frío que desesperó al consejero de Estado. La muy ladina se hizo arrancar las pruebas más decisivas una á una. Cuando la convicción, auxiliada por la vanidad, hubo penetrado en el espíritu del anciano, Valeria le habló del furor del señor Marneffe y le dijo:

—Viejo mío, no te será difícil hacer que nombren oficial de la Legión de honor y jefe de negociado á tu editor responsable, porque al pobre hombre lo has arruinado, pues adora á su Estanislao, á su pequeño monstruo que se parece á él y á quien yo no puedo sufrir. Esto, si no quieres dar una renta de doce mil francos á Estanislao, cediéndome á mí el usufructo.

—Pero, mujer, si yo he de asegurar una renta, prefiero hacerlo á nombre de mi hijo—dijo el barón.

Esta frase imprudente en que la palabra *mi hijo* brotó como un río que se desborda, fué transformada, al cabo de media hora de conversación, en una promesa formal de procurar al niño que había de venir una renta de mil doscientos francos. Esta promesa hecha, fué para Valeria como un tambor en manos de un niño, pues había de servirle para sacar partido de ella por espacio de veinte días.

En el momento en que el barón de Hulot salía de la calle de Vanneau, feliz como el recién casado que desea un here-

dero, la señora Olivier se hacía arrancar por Hortensia la carta que debía entregar en las propias manos del señor conde. La joven dió por aquella carta una moneda de veinte francos. El suicida paga el opio, la pistola ó el carbón de que se sirve. Hortensia la leyó y la releyó, y después de leerla, todo en la naturaleza le pareció negro, y sólo veía aquella carta blanca plagada de obscuras líneas. La noche más profunda reinaba en torno de ella, y el papel sólo estaba alumbrado por el resplandor del incendio que devoraba el edificio de su dicha. Los gritos de su pequeño Wenceslao que jugaba llegaban á sus oídos, como si el niño estuviese en el fondo de un valle y ella ocupase la cima. Ultrajada á los veinticuatro años con todo el brillo de su belleza y animada por un amor puro y sincero, aquello no fué para ella una puñalada, sino la muerte. El primer ataque había sido puramente nervioso, y el cuerpo había cedido bajo el peso de los celos; pero la certidumbre atacó al alma, y el cuerpo quedó anonadado. Hortensia permaneció durante unos diez minutos bajo esta opresión, pero luego el fantasma de su madre se le presentó y operó en ella una revolución, y recobrando la razón, tornóse tranquila y fría. Luego llamó y le dijo á la cocinera:

—Querida mía, que le ayude á usted Luisa y hagan entre las dos, lo antes posible, unos paquetes con todo lo que nos pertenece á mí y á mi hijo. Les doy á ustedes una hora de tiempo, y cuando hayan terminado, vayan á buscar un coche y adviértanmelo. Nada de observaciones. Yo dejo la casa y me llevo á Luisa, y usted se quedará con el señor; procure cuidarle bien.

Dicho esto, pasó á su cuarto, se sentó á la mesa y escribió la siguiente carta:

«Señor conde: La carta adjunta le dará una explicación de la resolución que he tomado.

»Cuando lea usted estas líneas, habré dejado su casa y me habré ido con nuestro hijo al lado de mi madre.

»No cuente usted con que yo vuelva nunca de mi acuerdo, ni crea tampoco que esto es producto de la fogosidad de la juventud, de la irreflexión, ni de la vivacidad del amor ofendido, porque se engañaría por completo.

»Hace quince días que pienso detenidamente en la vida, en el amor, en nuestra unión y en nuestros deberes mutuos. Yo he conocido á mi madre con toda su abnegación, porque ella

me ha contado sus dolores, y ella es heroica todos los días desde hace ya veintitrés años; pero yo no me siento con fuerzas para imitarla, no porque le ame á usted menos de lo que ella ama á mi padre, sino por razones sacadas de nuestro carácter. Nuestra casa se convertiría en un infierno, y yo podría perder la cabeza hasta el punto de deshonrarle á usted, de deshonrarme y de deshonrar á nuestro hijo. Yo no quiero ser una señora Marneffe, porque, ya en esta senda, una mujer de mi temple tal vez no se detendría. Desgraciadamente para mí, yo soy una Hulot y no una Fischer.

»Sola y lejos del espectáculo de los desórdenes de usted, respondo de mí, sobre todo si estoy ocupada en nuestro hijo y al lado de mi fuerte y sublime madre, cuya vida aplacará los movimientos tumultuosos de mi corazón. Allí puedo ser una buena madre, educar bien á nuestro hijo y vivir. En nuestra casa, la mujer anularía á la madre y las incesantes disputas agriarían mi carácter.

»Yo aceptaría la muerte de una vez; pero no quiero estar enferma durante veinticinco años, como mi madre. Si usted me ha hecho traición después de tres años de un amor absoluto y continuo, entregándose á la querida de su suegro, ¿qué rivales no me haría usted ver más tarde? ¡Ah! señor, usted empieza mucho antes que mi padre esa carrera de libertinaje y de liberalidad que deshonra á un padre de familia, que disminuye el respeto de los hijos y que tiene por fin la vergüenza y la desesperación.

»Yo no soy implacable. Sentimientos inflexibles no convienen á seres débiles que viven bajo el cuidado de Dios. Si conquista usted gloria y fortuna mediante arduos trabajos y si renuncia á las cortesanas y á los innobles y cenagosos senhores, encontrará una mujer digna de usted.

»Le creo demasiado noble para recurrir á la ley. Señor conde, espero que respetará mi voluntad dejándome en casa de mi madre, y, sobre todo, que no se presentará nunca allí. Le dejo todo el dinero que le ha prestado esa odiosa mujer. Adiós.

»HORTENSIA HULOT.»

Esta carta fué escrita penosamente, pues Hortensia se entregaba á los llantos y gritos de la pasión ahogada y tomaba y dejaba la pluma para expresar sencillamente lo que el amor declama ordinariamente en estas cartas testamentarias.

El corazón se producía mediante interjecciones, quejas y llantos; pero la razón dictaba.

La joven, advertida por Luisa de que todo estaba dispuesto, recorrió lentamente el jardinito, el cuarto, el salón, y le dirigió á todo una última mirada. Luego hizo á la cocinera las recomendaciones más vivas para que mirase por el bienestar del señor, prometiéndole recompensarla si se mostraba buena. Por fin, subió al coche para trasladarse á casa de su madre, con el corazón lacerado, llorando lastimosamente y cubriendo de besos al pequeño Wenceslao con un goce delirante que denotaba aún el amor por el padre.

La baronesa sabía ya por Isabel que el suegro era culpable en parte de la falta del yerno; así es que no la sorprendió ver llegar á su hija, y aprobó y consintió su decisión de estar á su lado. Al ver Adelina que el cariño y la abnegación no habían detenido nunca á Héctor, que empezaba ya á perder su afecto, juzgó que su hija tenía razón en seguir otra senda. En veinte días, la pobre madre acababa de recibir dos heridas, cuyos sufrimientos no podían compararse á todas sus pasadas torturas. El barón había puesto á Victorino y á su mujer en verdaderos apuros, y además él era, según Isabel, la causa de los desórdenes de Wenceslao. La majestad de aquel padre de familia, mantenida durante tanto tiempo mediante insensatos sacrificios, estaba degradada. Sin sentir el dinero, los jóvenes Hulot sentían á la vez desconfianza é inquietud con respecto al barón. Este sentimiento bastante visible afligía profundamente á Adelina, que temía la disolución de la familia. La baronesa albergó á su hija en el comedor, que no tardó en quedar transformado en dormitorio, gracias al dinero del mariscal, y la antesala pasó á ser comedor, como ocurre en muchas casas.

Cuando Wenceslao volvió á su casa y acabó de leer las dos cartas, sintió una mezcla de alegría y de tristeza, pues viéndose vigilado hasta cierto punto por su mujer, se había rebelado interiormente contra aquella nueva sumisión á lo Isabel. Hastiado de amor desde hacía tres años, él también había reflexionado durante aquellos últimos quince días y encontraba pesada la familia. Trataba de ser felicitado por Stidman con motivo de la pasión que inspiraba á Valeria, pues Stidman, con una intención fácil de adivinar, juzgaba conveniente adular la vanidad del marido de Hortensia esperando consolar á la víctima. Wenceslao se consideró, pues,

feliz pudiendo volver á casa de la señora Marneffe; pero recordó la dicha entera y pura de que había gozado, las perfecciones de Hortensia, su juiciosa conducta, y su sencillo é inocente amor, y lo sintió vivamente, tanto que quiso correr á casa de su suegra para obtener su perdón; mas hizo como Hulot y como Crevel, fué á ver á la señora Marneffe, llevándole la carta de su mujer para hacerle ver el desastre que había causado y para indemnizarse de su desgracia mediante la obtención de los favores de su querida. Encontró á Crevel en casa de Valeria. El alcalde, henchido de orgullo, iba y venía por el salón como hombre agitado por sentimientos tumultuosos, se ponía en actitud de hablar y luego no se atrevía. Su fisonomía resplandecía, y corría á la ventana á tocar el tambor con los dedos en los cristales. Después miraba á Valeria con aire conmovido y tierno. Afortunadamente para Crevel, entró Isabel.

—Prima,—le dijo al oído—¿sabe usted la nueva? ¡Soy padre! ¡Ya me parece que quiero menos á mi pobre Celestina! ¡Oh! ¡lo que es el tener un hijo de la mujer que se idolatra! ¡Unir la paternidad del corazón á la paternidad de la sangre! ¡Oh! mire, dígaselo á Valeria, voy á trabajar para ese hijo, pues quiero que sea rico. Me ha dicho que por ciertos indicios cree que será un niño. Si es un niño, quiero que se llame Crevel: consultaré á mi notario.

—Yo sé lo mucho que le ama á usted—dijo Isabel,—pero en nombre de su porvenir, conténgase y no se frote las manos á cada paso.

Mientras que Crevel hacía este apartado, Valeria le había vuelto á pedir su carta á Wenceslao y le decía al oído palabras que disipaban su tristeza.

—Ya estás libre, amigo mío. ¿Acaso deben casarse nunca los artistas? Vosotros no podéis vivir sin caprichos y sin libertad. ¡Oh! mi querido poeta, yo te amaré tanto que nunca echarás de menos á tu mujer. Sin embargo, si quieres guardar las apariencias, yo me encargo de hacer volver á Hortensia á tu casa antes de poco tiempo.

—¡Oh, si eso fuese posible!

—Estoy segura de ello—dijo Valeria picada.—Tu pobre suegro es un buen hombre en toda la extensión de la palabra, que por amor propio quiere parecer que es amado y hacer creer que tiene una querida, y tiene tanta vanidad en este punto, que yo lo gobierno á mi antojo. La baronesa ama aún

tanto á su viejo Héctor (siempre me parece que hablo del de la Iliada), que los dos viejos lograrán que Hortensia se reconcilie; únicamente que si no quieres tener disgustos en tu casa es preciso que no dejes pasar veinte días sin venir á ver á tu querida, porque si no yo me moriría. Cuando un hombre es noble, querido mío, debe tener toda clase de consideración á la mujer á quien ha comprometido del modo que yo lo estoy, sobre todo cuando esta mujer tiene que tomar sus precauciones para guardar su reputación. Quédate á comer, ángel mío... y piensa que yo debo mostrarme tanto más fría contigo cuanto que tú eres el autor de esta visible falta.

Anunciaron al barón Montes, y Valeria se levantó, corrió á su encuentro, le habló durante algunos instantes al oído y empleó con él la misma actitud misteriosa que había empleado con Wenceslao, dando esto por resultado el que el brasileño afectase una actitud diplomática apropiada á la gran noticia que le colmaba de alegría, pues él sí que estaba seguro de su paternidad.

Gracias á esta estrategia basada en el gran amor propio del hombre en estado de amante, Valeria tuvo á su mesa, muy contentos y satisfechos, á cuatro hombres que se creían adorados y que fueron llamados por Marneffe, los cinco padres de la Iglesia, incluyéndose él también entre ellos.

Sólo el barón Hulot dió muestras, al principio, de cierta preocupación. He aquí por qué: en el momento de salir de su despacho había ido á hablar con el jefe del personal, que era un general compañero suyo desde hacía más de treinta años, para pedirle que nombrase á Marneffe para la plaza Coquet, el cual se avenía á presentar la dimisión.

—Querido mío—le dijo,—no quisiera pedir este favor al mariscal sin que estuviésemos de acuerdo y yo viese que es de su agrado.

—Amigo mío—le respondió el jefe del personal,—permítame que le advierta que usted es el primero que no debe insistir en este nombramiento. Ya le he dicho cuál es mi opinión. Sería un escándalo entre los empleados, que se ocupan ya mucho de usted y de la señora Marneffe. Esto aquí para *inter nos*. Yo no quiero atacarle en su flaco ni disgustarle en nada, y voy á darle la prueba. Si tiene usted tanto interés, si quiere pedir la plaza del señor Coquet, que será verdaderamente una pérdida para las oficinas de la guerra (donde está desde 1809), yo me iré quince días al campo, á

fin de dejarle el campo libre junto al mariscal, que le quiere á usted como á un hijo. Así yo no haré nada en pro ni en contra, ni faltaré á mi deber.

—Mil gracias—respondió el barón,—reflexionaré acerca de lo que acaba usted de decirme.

—Querido amigo, si me permito esta observación, es más en interés de usted que en el mío. Después de todo, el mariscal es el amo. Además, ¡nos reprochan ya tantas cosas, que una más ó menos no importa! No somos ya vírgenes en cuestión de críticas. Cuando la Restauración, se hicieron muchos nombramientos con el sólo objeto de dar sueldos y sin preocuparse del servicio. Somos amigos viejos.

—Sí—respondió el barón—y precisamente por no alterar nuestra preciosa amistad, es por lo que...

—Vamos—repuso el jefe del personal al ver la contrariedad que denotaba la cara de Hulot—amigo mío, me iré de viaje. Pero tenga cuidado, porque tiene enemigos, es decir, gentes que codician su magnífico sueldo, y usted sólo está amarrado por una áncora. ¡Ah! si fuese usted diputado como yo, no tendría nada que temer; de modo que mucho cuidado.

Estas amistosas palabras causaron viva impresión al consejero de Estado.

—Pero, en fin, Roger, ¿qué hay? No se haga usted el misterioso conmigo.

El personaje á quien Hulot llamaba Roger miró á Hulot, le tomó la mano y se la estrechó.

—Somos demasiado amigos para que no me permita darle un consejo. Si quiere usted permanecer en su cargo, será preciso que usted mismo se busque un retiro. De modo que en la situación en que usted se halla, en lugar de pedir al mariscal la plaza del señor Coquet para el señor Marneffe, yo le rogaría que emplease su influencia para reservarme el consejo de Estado, donde moriría tranquilo, y como el castor, abandonaría mi dirección general á los cazadores.

—¡Cómo! ¿sería capaz el mariscal de olvidar...?

—Querido mío, el mariscal le ha defendido á usted tan bien en el consejo de ministros, que ya no se piensa en destituirle á usted; pero se ha tratado de ello; así es que no dé usted pretextos. No quiero decirle más nada. En este momento puede usted imponer condiciones y ser consejero de Estado y par de Francia. Si espera usted demasiado, no respondo de nada. Conque ¿quiere usted que me vaya de viaje?

—No, espere—respondió Hulot,—veré al mariscal y enviaré á mi hermano á sondar el terreno.

Fácil es comprender el humor que llevaría á casa de la señora Marneffe el barón, el cual había olvidado casi que era padre, pues Roger le había dado pruebas de amistad instruyéndole acerca de su posición. Sin embargo, era tal la influencia que ejercía sobre él Valeria, que á la mitad de la comida el barón se puso al unísono y dió pruebas de una alegría tanto mayor, cuanto que eran muchas las preocupaciones que tenía que olvidar; pero el desgraciado no sospechaba que durante aquella tarde iba á hallarse en la alternativa de su dicha y el peligro señalado por el jefe del personal, es decir, obligado á optar entre la señora Marneffe y su posición.

CAPÍTULO XXV

Resumen de la historia de las favoritas

A eso de las once, en el momento en que la velada llegaba á su apogeo de animación, pues el salón estaba lleno de gente, Valeria se llevó á Héctor consigo y se sentó con él en el rincón de un diván.

—Viejo mío—le dijo al oído,—tu hija se ha irritado tanto porque Wenceslao viene aquí, que lo ha plantado. Esa Hortensia es una mala cabeza. Dile á Wenceslao que te enseñe la carta que le ha escrito esa tontuela. Esta separación de dos enamorados, de la cual dicen que soy yo la causa, puede hacerme mucho daño, pues este es el modo que emplean las mujeres virtuosas para atacarse. Eso de hacerse la víctima para criticar á una mujer que no ha cometido más culpas que tener una casa agradable, es un escándalo. Si tú me quieres, me disculparás reconciliando á los dos tortolillos. Por otra parte, yo no tengo interés alguno en recibir á tu yerno, pues ya sabes que eres tú el que lo has traído. Si tienes autoridad en tu familia, me parece que bien puedes exigirle á tu mujer que haga esta reconciliación. Dile de mi parte á esa buena vieja, que si me echaron injustamente la culpa de haber sembrado la discordia en ese matrimonio y turbar la unión de una familia echando á la vez á perder al padre y al yerno, yo me defenderé y haré lo que pueda para molestar-

los. ¿No ves á Isabel que hubo ya de dejarme? Me prefiere á su familia y yo no quiero que la critiquen. Acaba de decirme que si los jóvenes no se reconcilian, ella no se queda aquí. Y entonces sí que estaríamos bien, el gasto triplicado.

—¡Oh! respecto á eso, no temas. Yo pondré orden en mi casa—dijo el barón al saber el escándalo de su hija.

—Bueno,—repuso Valeria—á otra cosa. ¿Y la plaza de Coquet?

—Eso es más difícil, por no decir imposible—respondió Héctor bajando los ojos.

—¡Imposible! mi querido Héctor—dijo la señora Marneffe al oído al barón.—Tú no sabes cómo se va á poner Marneffe. Yo estoy en su poder, y él en cosas de interés es inmoral como todos los hombres, es vengativo como todos los espíritus raquíticos é impotentes. En la situación en que me has puesto, estoy á su discreción, y si me reconcilio con él dentro de algunos días es capaz de no dejar mi cuarto. Me dejaba tranquila con la condición de ser jefe de negociado. Esto es infame, pero es lógico.

—Valeria ¿me amas?

—Querido mío, esa pregunta, en el estado en que me encuentro, es una injusticia de lacayo.

—Mira, si yo quisiera intentar, nada más que intentar, pedir una plaza al mariscal para Marneffe, como que no soy ya nada para él, Marneffe sería destituido.

—¡Pero yo creía que el príncipe y tú erais amigos íntimos!

—Sí, y así me lo ha probado más de una vez. Pero, hija mía, por encima del mariscal hay algo, está todo el consejo de ministros... Con un poco de tiempo, ya lo lograremos. Hay que esperar el momento en que él me pida algún favor, y entonces yo podré decirle: toma y daca.

—Mi pobre Héctor, si yo le digo eso á Marneffe, nos jugará alguna mala pasada; así es que dile tú mismo que tiene que esperar, porque yo no quiero encargarme. ¡Oh! yo conozco mi suerte, y él, que sabe cómo castigarme, no querrá dejar mi cuarto. ¡Ah! no olvides los mil doscientos francos de renta para el pequeño.

Al sentirse amenazado en su placer, Hulot llamó aparte al señor Marneffe, y le asustaba tanto la perspectiva de aquel agonizante en el cuarto de aquella mujer bonita, que por primera vez abandonó el tono altanero que acostumbraba á emplear con él.